

ANÁLISIS DE LA ESENCIA DEL CRISTIANISMO DE FEUERBACH COMO PASO PREVIO PARA RESUMIR LAS TESIS BÁSICAS QUE HAN CONFIGURADO LA CRÍTICA AL CRISTIANISMO

PALABRAS CLAVE: CRISTIANISMO, ESENCIA, DIALÉCTICA, PROYECCIÓN, CRÍTICA, HERMENÉUTICA

INTRODUCCIÓN

El pensamiento de Ludwig Feuerbach ha estado en suspenso durante bastante tiempo a causa de la hegemonía de los sistemas de pensadores coetáneos como, por ejemplo, los sistemas de Hegel y Marx. Por esta razón, el valor de su obra, en su totalidad, en cuanto aporte fundamental a la historia del pensamiento occidental, no ha sido apreciado hasta que las labores hermenéuticas de principios de siglo la rescataron del olvido, haciendo ver que el pensamiento de Feuerbach, por sí mismo e independientemente de las influencias que ha supuesto en otros pensadores, supone un aporte original, novedoso y coherente. En cuanto a la influencia ejercida en otros pensadores, basta con señalar la que recayó sobre Marx y Engels, los cuales adoptaron, casi acríticamente, las consecuencias que desprendía la crítica religiosa que Feuerbach plasmó en *La esencia del Cristianismo*; por otro lado, también son conocidas las influencias que esta última obra ejerció sobre Nietzsche, que por entonces contaba con una edad poco avanzada, y que después resultarían decisivas en la composición primigenia de los primeros planteamientos del joven filósofo. Hoy en día, el calado que posee la obra de Feuerbach se concentra, casi exclusivamente, en el escrito antes mencionado, *La esencia del Cristianismo*, pues a pesar de que su obra se extiende más allá de este escrito (*La esencia de la religión, Pensamientos sobre muerte e inmortalidad, Teogonía*, etc.), es con él con el que el filósofo ha obtenido mayor reconocimiento. El escrito en cuestión, aún inscribiéndose, como señala Cabada Castro, “en el largo proceso ideológico que tiene su inicio occidental en la crítica de la primera filosofía griega a los dioses antropomórficos de la religión popular”, supone una brecha importante con la exégesis de textos religiosos que

operaba por entonces en la Alemania del siglo XIX, donde las restantes interpretaciones de la escritura evangélica iban de la mano de la ortodoxia institucionalizada. Feuerbach con esta obra asienta una actitud con la que, por un lado, prosigue el giro subjetivista de la modernidad, consistente en la ubicación céntrica del individuo, pero obviando con ello algunos de los inconvenientes propios de esta postura, pues esta plasmación, sorprendentemente, se envuelve de un humanismo panteísta que deja intacta, en principio, la puerta hacia el otro, hacia el tu que es considerado como fundamento insoslayable del acto moral; por otro lado, esta misma actitud plasmada en ***La esencia del Cristianismo*** posibilita el surgimiento de una línea de interpretación crítica que tendrá entre sus continuadores más destacados a nombres como Kierkegaard, Nietzsche, M. Buber, etc., que, independientemente de su adhesión o no a las conclusiones del planteamiento de Feuerbach, utilizan el camino ya trillado por este pensador para o bien desarrollar más aún las consecuencias que se desprenden de su obra o bien dar salida a sus propios planteamientos. En resumidas cuentas, lo que parece claro a estas alturas es que no se puede negar ni obviar la importancia fundamental de un planteamiento como el de Feuerbach para una mirada que pretenda una comprensión sólida de lo acaecido durante el siglo XIX en el ámbito del pensamiento occidental.

Con este trabajo, que se ciñe a los planteamientos contenidos en ***La esencia del Cristianismo***, pretendemos repasar los distintos elementos y apartados que dan forma a esta obra magistral. Tratándose como se trata de un resumen, la finalidad perseguida será, simplemente, la de dar cabida someramente a todos los argumentos expuestos por el filósofo. Así, la exposición se limitará a hacer obvio el objetivo que el filósofo persigue con cada planteamiento; un factor que aboga a favor de esta resolución es la extensión, que no pudiendo ser excesiva determina categóricamente la profundización de este resumen.

Feuerbach, en sus orígenes filosóficos, se enmarca dentro de la perspectiva inaugurada por los planteamientos hegelianos; es a través de la influencia de éste último por lo que Feuerbach opta por continuar los estudios de Filosofía dejando de lado los ya iniciados de Teología, así lo señala cuando afirma que “se había decidido a pensar, no a creer”. Estando inmerso ya en la vorágine de la filosofía académica, Feuerbach se tropieza en sus clases con un profesor, contrario a Hegel en sus planteamientos en torno a la religión y su fundamento, que provocará en el joven estudiante una brecha que lo distancia de lo que hasta el momento consideraba como una explicación certera. Este profesor es Schleiermacher, que afirmaba que la religión

se caracterizaba por el sentimiento de absoluta dependencia, a lo cual Hegel se oponía manifestando que en tal caso se rebaja el estatus del hombre al del animal, pues tal sentimiento de dependencia absoluta encierra una concepción irracional del sentimiento religioso. Como hemos mencionado ya, Feuerbach se siente atraído por la concepción de Schleiermacher y por ello se decanta del lado de este último, llevando, posteriormente, esta elección mucho más allá que su maestro; en años venideros Feuerbach señalará que “él critica a Schleiermacher, no porque haga de la religión cosa el sentimiento, sino solamente porque, por su timidez teológica, no llegó ni pudo llegar a sacar las obligadas consecuencias de su punto de vista, porque no tuvo valor para ver y confesar que objetivamente Dios no es más que la esencia del sentimiento (...)”. Este giro intelectual acaecido en su proceso de formación lo encamina inevitablemente a lo que posteriormente quedará plasmado en ***La esencia del Cristianismo***.

El año de publicación de la obra es 1841, tras dos años de redacción de la misma, que inicio en 1839. En principio el título se concreto tras varios intentos fallidos, entre los que se hallaban nombres como *Contribución a la crítica de la filosofía especulativa de la religión* o *Contribución a la crítica de la sinrazón pura o complemento crítico a la filosofía especulativa de la religión*, para al final decantarse por el conocido. El tema clave y básico de la obra es el hombre, sobre el cual se fundamentan las argumentaciones desarrolladas por el autor, y que se explicita claramente cuando Feuerbach alude a que su finalidad es reducir “la Teología a Antropología” o que “el hombre es principio, centro y fin de la religión”. Para Feuerbach, el hombre en sí mismo es la fuente de la divinidad, en él encuentra la causa que origina la religión, y que en la plasmación occidental de este fenómeno se concreta en el cristianismo, el cual, con el transcurso de los años, ha moldeado esta necesidad humana, nacida de su propio interior, del interior del hombre, de sus deseos, afectos, esperanzas, carencias, etc., de tal forma que acaba constituyéndola en una entidad presuntamente autónoma, elevada falsamente sobre la esencia del hombre de la que en realidad proviene. No obstante, el cristianismo no origina la existencia autónoma de este ser sobrenatural, que en realidad es obra del propio hombre, sino que se limita a potenciarla y legitimizarla. Sobre esta base, claramente antropológica, inicia Feuerbach el análisis del fenómeno religioso que ofrece en ***La esencia del Cristianismo***.

La estructura temática que presenta la obra esta dividida en dos grandes secciones, a las cuales les anteceden dos breves apartados dedicados, cada uno de

ellos, a la esencia del hombre y de la religión respectivamente. Estos dos apartados son fundamentales en cuanto a la comprensión del resto de la obra, pues con ellos se asientan los pilares sobre los que descansan los planteamientos posteriores, incluidos ya en las dos secciones mencionadas. Es en éstas donde Feuerbach desarrolla las dos líneas fundamentales de su argumentación, dedicando la primera de ellas a la exposición de la esencia verdadera de la religión, es decir, la esencia antropológica, y la segunda a la esencia falsa de la religión, es decir, la esencia teológica; en ambos casos fundamenta sus análisis y conclusiones sobre la base de la interpretación de los textos evangélicos, estos es, remitiéndose a las fuentes escritas originarias de la tradición religiosa, ya sean textos bíblicos, escritos de los padres de la Iglesia (San Agustín, etc.), o obras clásicas del protestantismo básicamente luterano.

Nuestro plan de exposición consiste en presentar separadamente los aspectos más destacados de cada uno de estos puntos iniciales para, seguidamente, adentrarnos en los pormenores de cada una de las secciones descritas; los apartados iniciales, como hemos señalado, corresponden a la exposición de la esencia del hombre y la religión, y las secciones siguientes se ocupan de la elucidación tanto de la esencia verdadera (antropológica) como falsa de la religión (teológica).

1- LA ESENCIA DEL HOMBRE

La importancia de este apartado es fundamental, pues en él Feuerbach no solo especifica cual es la esencia del hombre, lo cual, por otra parte, sería lo propio según indica su título, sino que inicia el proceso de reducción de la teología a la antropología, esto es, ubica la génesis del fenómeno religioso en la esencia misma del hombre.

La estrategia argumentativa que sigue consiste en la búsqueda del fundamento sobre el que se sostiene el fenómeno religioso. Primeramente, manifiesta que tal fundamento lo encontramos en la diferencia existente entre el hombre y el animal, preguntándose, a continuación, en qué consiste tal diferencia; la respuesta que ofrece sitúa la diferencia en la conciencia, pero en la conciencia entendida, según Feuerbach, en sentido estricto, esto es, no la conciencia propia también de los animales, consistente en la capacidad de discernimiento y juicio sobre lo que nos rodea, sino en la conciencia que tiene como objeto de sí misma su género, que se concentra sobre su propia esencia. En este sentido, lo que sea la esencia del hombre es a su vez tanto el fundamento como el objeto propio de la religión; es fundamento en

tanto la religión descansa sobre la conciencia entendida como ha sido descrita, y si esta conciencia es conciencia de la esencia misma del hombre, ésta a su vez, la esencia del hombre, se constituye como fundamento de la religión; por otro lado, es también el objeto de la religión, pues si la religión es, según Feuerbach, la conciencia de lo infinito, el objeto de esta conciencia no puede ser otro que la conciencia que tiene el hombre de su esencia, no finita y limitada, sino infinita. Ahora bien, si ha quedado claro sobre que se apoya la religión, sobre la conciencia que es conciencia de la esencia propia del hombre, lo queda por determinar es en qué cualidades se asienta propiamente la religión. Feuerbach sostiene que la esencia del hombre, que él describe como lo que constituye en el hombre el género de la humanidad propiamente dicha, es la razón, la voluntad y el corazón, en tanto que cualidades o facultades necesarias para la conformación del hombre perfecto, entendido éste de modo genérico como aquel que es infinito e ilimitado en su esencia. La constatación de que tales cualidades son como han sido descritas viene dada porque cada una de ellas, en tanto que componentes esenciales de la esencia del hombre, son infinitas y perfectas en sí mismas, en suma, absolutas. Aunque más adelante se detenga propiamente en lo que es el misterio de la trinidad, lo utiliza en este apartado, es decir, hace uso de la metáfora para explicar simbólicamente de que manera estas tres facultades supremas son los elementos que fundamentan el ser del hombre, afirmando que “la trinidad divina en el hombre, por encima del hombre individual, es la unidad de razón, amor y voluntad”. Así, siendo la conciencia el elemento distinto del hombre y a su vez la condición de posibilidad de la religión, y, por otro lado, siendo la religión la conciencia de lo infinito, esto es, la conciencia de la esencia del hombre, pues es lo único que puede ser adjetivado de este modo, el objeto propio de la religión, Dios, no puede ser, según Feuerbach, otra cosa que la esencia objetivada del hombre, el ser absoluto tras el que se esconde objetivamente la esencia de la humanidad. Feuerbach constata este hecho señalando que sólo lo que es similar a nuestra conciencia, lo que comparte con ella cualidades, puede ser aprehendido por ésta, pues la representación de un ser superior a nosotros se la debemos principalmente a la imaginación, pero este supuesto ser no tendría entidad real, como ocurre cuando imaginamos a cualquiera de los que llamamos extraterrestres; por tanto, el individuo que aparece a nuestra conciencia como objeto infinito e ilimitado, del cual podemos afirmar una entidad real, debe ser, según lo expuesto, una objetivación oculta de nuestra propia esencia. Es preciso señalar también respecto de la conciencia del hombre que el objetivo perseguido por ésta en cualquier caso, independientemente del objeto que maneje, incluso si se trata de un objeto sensible, es, según Feuerbach, el de profundizar en la esencia del hombre, pues hasta cuando nos representamos un objeto sensible se

produce una actualización de la esencia que constituye al hombre, esto es, la representación se concreta acompañada de lo que podríamos llamar una autoconciencia de nosotros mismos.

Con esto Feuerbach da inicio a la reducción de la teología a la antropología. El resto del apartado está dedicado a mostrar a través de ejemplos que lo expuesto hasta ahora se corresponde con la verdad del asunto.

2- LA ESENCIA DE LA RELIGIÓN

Al igual que en el apartado anterior, en éste, a la par que se esclarece la esencia de la religión, se continúa con el proceso de reducción de la teología a la antropología. Quizás sea este el lugar preciso para señalar un aspecto de la crítica de Feuerbach a la religión al que todavía no nos hemos referido; es algo que se desprende inevitablemente de la obra, que de manera no explícita en algunos casos, si en otros, está presente en todo el texto, se trata del ataque frontal que representa el análisis crítico de Feuerbach contra la teología y la filosofía especulativa. A la primera la acusa, en términos generales, de haber emprendido una senda que la aleja con creces de lo que los escritos primitivos señalan que es la actitud cristiana, viéndose esto reflejado en las interpretaciones erróneas que de ellos hace la teología actual; a la segunda, la filosofía especulativa, de fabricar un sistema conceptual altamente abstracto en el que pretender ubicar el fenómeno religioso, consiguiendo de esta forma no más que ocultar lo que pueda ser la verdadera esencia de la religión.

Dicho lo anterior, llega el momento de concentrarse en el propio apartado. Independientemente de las estratagemas argumentativas que desarrolla Feuerbach, guiadas por la intención de mostrar de qué forma la religión, tanto la de antes como la de ahora, de un signo u otro, amolda la experiencia vivida por el hombre a sus propias necesidades e instaura otras nuevas que condicionan la existencia de éste, lo fundamental es alcanzar la caracterización que atribuye a la religión. Para el hombre, ubicado sobre su conciencia, la religión es un objeto más pero a la vez distinto entre el resto. Como señalaba en el apartado anterior, el hombre a través de los objetos que representa en su conciencia adquiere un conocimiento mayor de su propia esencia, pero en el caso de los objetos sensibles, por ejemplo, la conciencia del objeto es paralela a la conciencia de sí, lo cual no ocurre, según Feuerbach, con el objeto religioso, donde la conciencia de éste coincide inmediatamente con la conciencia de sí

del hombre. Siendo así, pues, el hombre objetiva a través del objeto representado en su conciencia su propia esencia, y en el caso del objeto religioso, circundado todo él sobre la idea de Dios, a su autoconciencia, debido, como decimos, a la coincidencia en la representación entre la conciencia de sí y la conciencia del objeto religioso. De este modo, si la conciencia del objeto religioso se escenifica por medio de Dios y con ello se objetiva propiamente la esencia del hombre, siendo la conciencia de Dios la autoconciencia del hombre, se ha de concluir necesariamente que “los dos son una misma cosa”, Dios y el hombre, y también, por tanto, que la religión no es más que la autoconciencia objetivada del hombre. Ahora bien, Feuerbach señala que esto no ha de entenderse de manera que se crea al hombre como poseedor de este conocimiento, es decir, el hombre no es consciente de que la conciencia de Dios es la autoconciencia de su esencia, pues precisamente este hecho, la carencia de este conocimiento, “constituye justamente la esencia de la religión”. Éste hecho es fácilmente apreciable si, como hace Feuerbach, dirigimos nuestra mirada hacia el proceso histórico de las religiones, donde la constitución de cada una de ellas, en sus distintas fases y periodos, se asienta sobre este fundamento, haciéndolo de forma evolutiva, es decir, manteniéndolo pero sobre la base de una reforma o evolución en cuanto a la actualización anterior. El paso de la religión clásica de los griegos al cristianismo, pasando por su mediatización romana, es ejemplar. Los griegos configuran los dioses olímpicos a partir de las cualidades humanas, dando cabida a todas ellas, tanto la bondad como la ira, la fuerza como la inteligencia confluían en la amalgama final, con lo que fabrican imágenes totalmente antropomórficas. En cambio el cristianismo, una religión posterior, limita esta posibilidad, dando cabida sólo a aquellas cualidades que sean dignas de la divinidad, tales como la bondad, la inteligencia, el amor, etc. Ambas mantienen esa no-conciencia con respecto a que “la conciencia de Dios es la autoconciencia de la esencia del hombre”, pero de un modo diferente, pues el cristianismo, al ser posterior y supuestamente una religión más evolucionada, considera a la religión olímpica griega y a sus predecesoras como “idólatras”; sostiene que el hombre que las profesaba adoró su propia esencia sin saberlo, mientras que ellos, el cristianismo, tienen un objeto diferente, un objeto sobrehumano. Según Feuerbach, “la religión posterior da este paso: cada progreso de la religión representa, por tanto, un autoconocimiento de sí mismo más profundo, pero toda religión determinada, la cristiana, por ejemplo, que define a sus hermanos mayores como idólatras se exceptuaría a sí misma del destino, de la esencia general de la religión”. Así, la religión posterior, aún participando de la misma esencia que constituye el fenómeno religioso, considera que no lo hace, pues cree que su objeto, al ser sobrenatural, dista mucho de lo que es la esencia humana; Feuerbach, al situar la

esencia de la religión en este hecho, la no-conciencia acerca de la esencia de la religión, considera que este proceder, por tanto, es una constante ineluctable para cualquier configuración religiosa.

El resto del apartado esta dedicado a mostrar algunas maneras, en concreto dos, de negar los predicados o determinaciones divinas del sujeto sin, con ello, negar la existencia del mismo sujeto; para Feuerbach ambas son erróneas, y denotan la forma equivocada en que se entiende la religión, es decir, son un ejemplo de irreligiosidad.

Para acabar, creemos que es idóneo citar unas frases de Feuerbach que encierran de forma sintetizada la totalidad del contenido de este apartado: "(...) en la esencia y conciencia de la religión no hay sino lo que se encuentra en general en la esencia y en la conciencia que el hombre tiene de sí mismo y del mundo. La religión no tiene ningún contenido propio y especial".

3- LA ESENCIA VERDADERA, ES DECIR, ANTROPOLÓGICA DE LA RELIGIÓN

Con este apartado entramos en una de las secciones de la obra anteriormente mencionadas, quizás la más importante. En ella, Feuerbach consolida la intención perseguida: Nuestra tarea es precisamente demostrar que la contradicción entre lo divino y lo humano es ilusoria, es decir, que no hay más contradicción que la que existe entre la esencia y el individuo humanos, y que, por consiguiente, el objeto y el contenido de la religión cristiana son absolutamente humanos. Para ello analiza distintos aspectos de la religión que aportan conclusiones definitivas en cuanto a su procedencia de la esencia misma del ser humano. Nosotros atenderemos a los más importantes de ellos, relatando en que consiste la reducción antropológica que sobre ellos opera Feuerbach.

Recordemos ahora en que se concretaba, según Feuerbach, la esencia del hombre: entendimiento, voluntad y amor, todas ellas facultades de carácter divinas, pues no conocían limitación alguna ni finitud; será sobre estas tres facultades, principalmente, sobre las que se ceñirá nuestro interés. Para Feuerbach, si atendemos a las cualidades con las que solemos engalanar a Dios, la infinitud, la perfección, la eternidad, omnipotencia, la santidad, etc., que en comparación con el hombre crean un abismo insalvable entre ambos, Dios y el hombre, nos percataremos que este Dios sin

límites no es otra cosa que la inteligencia, la razón o el entendimiento, esto es, la esencia objetivada del entendimiento. Sólo el entendimiento posee estas características que, en la esencia divina, aparecen como propias de un ser que nos es extraño, diferente o autónomo. El entendimiento es el ser originario, primitivo; es para sí mismo el criterio de todas las cosas reales y verdaderas; es el ser independiente y autónomo; en su unidad reproduce la unidad de Dios; es la esencia infinita; y, finalmente, es el ser necesario. Por tanto, este Dios (...) no es más que la esencia propia y objetivada del entendimiento.

Ahora bien, un Dios que sólo expresa la esencia del entendimiento no satisface, señala Feuerbach, la religión, esto es, no representa al Dios de la religión. Para que los hombres encuentren satisfacción en la religión deben contar con que ésta porte un objeto diferente del entendimiento, y que este algo sea la fuerza primigenia de la religión. Dios, en cuanto ser del entendimiento, representa la perfección de la ley moral, la perfección de la moral, pero esta imagen, la del Dios como perfección moral, nos avasalla y sobrepasa debido a la imposibilidad humana para asimilarla; la encontramos como algo vacío e insensible. Para Feuerbach, esta distancia que se erige entre el Dios del entendimiento, abanderado de la perfección moral, y el hombre sólo es salvable si se toma conciencia del corazón y del amor, porque considera el ser divino no sólo como ley, como ser moral, como ser del entendimiento, sino más bien como ser subjetivamente humano, que ama y es cordial. Ello es posible porque, como sostiene Feuerbach, el amor es el vínculo de mediación entre lo perfecto y lo imperfecto, entre ese ser puro del entendimiento y nuestra imperfección en cuanto individuos concretos y sensibles; en esta obra otorga Feuerbach al Amor una importancia fundamental, pues es éste la auténtica divinidad, aquello que está por encima incluso de Dios: el amor no es Dios, sino que Dios es el amor.

Este vínculo que acabamos de relatar entre Dios, entendido como objetivación del entendimiento y, por tanto, como perfección moral, y el hombre, representa para la religión el misterio de la encarnación. Al atribuirle a Dios la cualidad del amor, del amor hacia los hombres, se rebaja, según la religión, la esencia propia e ilimitada de Dios; Dios desciende hasta los hombres humillándose para acercarse a éstos a él. El medio para evitar la limitación que para Dios representa este descenso es, según la doctrina eclesiástica, la introducción de una segunda persona en la divinidad, la cual, en representación de los hombres, desciende hasta éstos como portador del amor; esta segunda persona representa el aspecto humano de la divinidad. Para Feuerbach, esta segunda persona de la divinidad es la verdadera, total y primera de la religión. Así,

esta segunda persona recrea el concepto de mediación entre el Dios del entendimiento y el hombre, sin el cual aparecería, como sucede para la teología que lo obvia, como algo misterioso, incomprensible, etc. Según Feuerbach, la teología que persevera en las determinaciones metafísicas del entendimiento respecto de la eternidad, la indeterminabilidad, la invariabilidad y otras abstracciones semejantes que expresan la esencia del entendimiento, esa teología niega la capacidad de sufrimiento de Dios y niega, por lo tanto, la verdad de la religión. La encarnación, entendida de esta forma, a través del concepto de mediación, pone a la luz, según Feuerbach, lo que la teología se obceca en negar: que la naturaleza de Dios es enteramente humana. La prueba más palpable y clara de que en la religión el hombre se considera como objeto y fin divino esta, según Feuerbach, en el amor de Dios por el hombre, que constituye el fundamento y centro de la religión.

La concepción de la religión que se desprende de estos análisis se centra en la figura del hombre, del hombre general; Feuerbach enfatiza la reducción de la teología a antropología, la actualiza. Para esto reduce todo los componentes de la religión entendida como lo hace la teología y la filosofía especulativa a elementos de significación humana, los desviste del halo misterioso con que las disciplinas anteriores los han arropado; por ejemplo, el Dios que sufre explicita que el sufrimiento es un elemento enteramente humano y que, por tanto, sufrir por nuestros hermanos, el resto de hombres, es una faceta divina del hombre; el misterio de la trinidad alude, sin más, a la vida comunitaria, expone que el hombre es un hombre cuando esta entre hombres; en suma, que los contenidos de los misterios de la revelación divina son de origen enteramente humano.

Hay aún un punto del planteamiento de Feuerbach que es preciso mencionar. La religión concebida al modo usual representa una enajenación del hombre; le hace creer a éste que existe un ser superior a él y, por ello, lo limita. Algunos de los lectores de la obra han mencionado que Feuerbach no consigue eliminar la religión, que sólo la reduce a la antropología, y que, por tanto, el elemento de enajenación sigue presente. Para ello han manifestado que Feuerbach elimina la figura de Dios situando al hombre genérico en su lugar. En cierto sentido esto se puede entender como una crítica, pero lo cierto es que no lo es totalmente por varios motivos. Feuerbach, desde el inicio, señaló que el hombre, aunque inconscientemente, con la religión, al igual que con la representación de muchos otros objetos, pero en especial con la religión, persigue conocerse a sí mismo, a su esencia. Este proceso de conocimiento de sí mismo, y por tanto de autoafirmación, se produce de forma enajenada, precisamente, debido al

elemento inconsciente que acompaña al hombre cuando lo hace a través de la religión (ya vimos que la religión, en cierto sentido, se apoya sobre el no-conocimiento por parte del hombre a cerca de que la representación que maneja en la religión es la de su propia esencia). Pues bien, lo que Feuerbach pretende, creo, al reducir la teología a antropología es precisamente deshacerse de este factor, esto es, el hombre continuará siempre con la necesidad de aumentar el conocimiento que tiene de sí mismo, y lo hará siempre persiguiendo, de una forma u otra, una profundización mayor en lo que sea su esencia, pero, para Feuerbach, el hombre se conocerá ciertamente cuando sea consciente de que el elemento que representa en su conciencia, el objeto que en ésta aparece, no es más que su propia esencia, y esto es posible si antes eliminamos la enajenación con la que el hombre se encamina en el proceso religioso. Así, Feuerbach libera al hombre de la religión, pero no lo puede liberar de una necesidad elemental de su propia naturaleza, esto es, el hombre nunca dejara de aumentar el conocimiento que tiene de sí mismo y en todo momento seguirá persiguiendo lo que sea su esencia. Por tanto, al situar al hombre genérico en el lugar de la divinidad, Feuerbach sólo quita el manto que impedía ver claramente a los hombres lo que es su esencia.

4- LA ESENCIA FALSA, ES DECIR, TEOLÓGICA DE LA RELIGIÓN

Como señala el propio autor, esta parte constituye el elemento más negativo de la obra, pero lo es en tanto refiere a la esencia inhumana de la religión. Aún así, el objetivo perseguido en esta sección sigue siendo el mismo que perseguía anteriormente: demostrar que el contenido y el objeto de la religión es totalmente humano, que el misterio de la teología es la antropología, que el misterio del ser divino es la esencia humana. La diferencia esencial con la línea argumentativa anterior consiste en que ahora se trata de probar la misma tesis en una dirección diferente; si antes se constataba que los principales elementos y misterios que configuran a la religión cristiana tienen su origen en la misma esencia humana, ahora se muestra que la religión, concebida al modo usual, está edificada sobre una variedad de contradicciones que, a poco que se indague en ellas, se destapan como irracionales y vacuas. Así, es cierto que el tono de esta sección es más negativo, lo debe a su propio fin, es negadora en cuanto a todo lo que confiere al espectro religioso, pero, por otro lado, esta negación presenta el carácter de la crítica, esto es, no niega sin más por el puro divertimento de desestabilizar los elementos de la doctrina cristiana, sino que se apoya en argumentos firmes cuando realiza la acción negadora. Ciertamente, la

primera parte esta dedicada a la religión mientras que la segunda se ocupa de la teología y también en algunos aspectos de la filosofía especulativa.

La argumentación de esta segunda parte esta construida sobre la certeza de que la supuesta diferencia entre los predicados teológicos y los predicados antropológicos es falsa, que tal diferencia, que la teología y la filosofía especulativa se empeñan en mantener, es contradictoria y vacua. Para Feuerbach, los misterios de la teología no son tales, se reducen a misterios que habitan en el interior del hombre, que se cobijan al fuego de su esencia más íntima. La religión aprehende el exterior y la apariencia de la naturaleza y de la humanidad y los trasmuta en su esencia verdadera, y así representa su esencia verdadera y esotérica confinada en un ser totalmente diferente, extraño y particular. Pero esto es posible invertirlo: Nosotros podemos, como hemos demostrado, invertir las relaciones religiosas; lo que la religión establece como medio, lo concebimos como fin, lo que para ella es algo subordinado, secundario, condición, lo elevamos al rango de lo principal y causal, de este modo destruimos la ilusión y restablecemos la luz trasparente de la verdad ante nuestros ojos.

Dentro de este proceso de destrucción de la ilusión cegadora se ubican constataciones que dan legitimidad a la conclusión mencionada. Feuerbach desenmascara algunos de los misterios y contradicciones de la religión, conduciéndolos inevitablemente hacia su absurdo desenlace. Tal es el caso cuando se hace referencia al hijo de Dios o a los sacramentos del bautismo y de la comunión. El hijo de Dios es, según Feuerbach, un hijo real, en un mismo sentido que cuando el hombre tiene a sus hijos, y en esta relación se percibe el elemento de la divinidad precisamente porque es un acto divino el tener descendencia, la procreación humano. Otro caso bien distinto es cuando se intenta concebir al hijo de Dios tal y como lo representa la teología o la filosofía especulativa; aquí el hijo de Dios aparece como un ser deslindado de las características humanas, como un ser totalmente diferente a lo humano, y por tanto como un evento ininteligible e irracional, sobre el que se concentra el dictamen de la contradicción. Algo parecido sucede cuando intentamos reflexionar sobre los sacramentos del bautismo y de la comunión, ambos pilares esenciales de la ortodoxia cristiana. Si atendemos a ellos tal y como nos los muestran la teología y la filosofía especulativa, engalanados por atributos misteriosos que resultan incomprensibles, aparecen como misterios insalvables. En cambio, si nos adentramos en su comprensión a través de una reflexión recta y guiada por la razón, pronto caeremos en la cuenta de cuál es su significado, mucho más simple y más humano. El sacramento del bautismo santifica al agua como un elemento donde el

hombre encuentra, además de la satisfacción de una necesidad vital, el efecto curativo y tranquilizador de ésta, pues purifica tanto la parte física como espiritual del ser humano. Para la religión, por el contrario, el bautismo representa la manera con la que el espíritu santo se comunica con el hombre a través del agua. En realidad, dice Feuerbach, con la acción del bautismo el hombre se hermana nuevamente con la naturaleza. Algo parecido ocurre con el sacramento de la comunión. La teología ha querido cargarlo con un significado que a todas luces escapa de su significación verdadera. Los elementos del sacramento de la comunión son el pan y el vino, y con ella se alude directamente a la santificación de algo que, aunque tan común para todos, constituye uno de los pilares fundamentales de la vida. Al igual que con el sacramento del bautismo el hombre celebra la recuperación de la relación con la naturaleza, en este caso sucede lo mismo, pero incluyendo en esta celebración el elemento diferenciador que hace del hombre un ser natural pero a la vez distinto del resto de los seres naturales. El pan y el vino proceden de la naturaleza, tienen su origen en ella, pero llegan a ser lo que son sólo por obra de la mano humana, es decir, es esta quien les confiere su forma, y por ello con este sacramento el hombre se hermana también con la naturaleza pero reivindicando su elemento diferenciador. En ambos casos, tanto el sacramento del bautismo como el de la comunión hacen referencia, siendo bien mirados, a la proclamación del carácter divino de las acciones de los individuos, del hombre.

De esta forma, Feuerbach consigue demostrar que la religión al modo de la teología está destinada a un camino sin salida, pues son sus propias contradicciones constitutivas las que la conducen a tan fatal consecuencia.

Sergio Rodríguez López

BIBLIOGRAFÍA:

-FEUERBACH, L., (2002) *LA ESENCIA DEL CRISTIANISMO*, MADRID: TROTTA.